

PREMIO GODÓ DE PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN Y REPORTERISMO

PLÀCID GARCIA-PLANAS

JAZZ EN EL DESPACHO DE HITLER

OTRA FORMA
DE VER LAS GUERRAS



Península

Primera edición: septiembre de 2010

Primera edición en digital: enero de 2013

© Plàcid Garcia-Planas, 2010

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., Ediciones Península
edicionespeninsula.com/grup62.com

ISBN: 978-84-9942-201-5

Depósito legal: B-1302-2013

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Mírame ahora en la oscuridad, tú, desde hoy mi patria.

GERTRUD KOLMAR

PREÁMBULO

Al principio era un brillo en el suelo. Visto más de cerca, un pedacito de papel de plata. Ya en mis manos, el envoltorio de un condón.

El envoltorio abierto de un preservativo evoca siempre una cierta intensidad. Pero la intensidad era en ese suelo más sorprendente: un resplandor tirado entre los restos de doce viejos tanques soviéticos en Kandahar, capital espiritual de los talibanes.

El momento del hallazgo hacía más densa la alucinación: descubrir ese brillo al final de un viaje por el valle talibán de Arghandab. Con sus caminos minados, sus niños teñidos de henna, sus mariposas amarillas, con sus campos de opio y sus helicópteros negros.

¿Qué historia se escapaba del interior de ese envoltorio plateado?, me preguntaba sacando del bolsillo mi bloc básico ENRI, probablemente la mejor libreta de guerra del mundo. ¿Qué sensaciones liberaba ese brillo en un lugar donde todo, excepto matar, es pecado?, pensaba cogiendo el boli para anotar la visión sobre las cuadrículas de cuatro milímetros que pautan las páginas de la libreta...

Aparece una pequeña mezquita de adobe que podría ser un cementerio pintado por Modest Urgell: la misma melancolía... acababa de apuntar en el último tramo del camino talibán...

Tirado entre los cañones, el envoltorio plateado y abierto de un condón... escribía en la entrada de Kandahar, junto al asediado cuartel del ejército afgano.

¿Quién hizo el amor, esa misma noche, entre los metales derrotados de la Unión Soviética?, me seguía preguntando con una enorme explosión todavía en mi interior: la que había matado a dos soldados de Estados Unidos —Aaron S. Aamot y Gary Gooch Jr.— en mitad del camino.

¿Quiénes unieron allí sus cuerpos? ¿Un soldado afgano? ¿Una mujer llegada en burka? ¿Dos soldados afganos y ningún burka en escena?

El envoltorio y su brillo pasó del bloc al portátil y del portátil a Internet...

«¿Cambia mi percepción de la guerra si sé que hay un condón tirado entre los cañones?», se preguntaba un lector en los comentarios de la edición digital de mi diario...

¿Escribe el reportero para cambiar percepciones?

El envoltorio abierto del condón, y la descripción de su lugar exacto en el mundo, no cambia la percepción de la guerra. Es parte de la guerra.

Eso ocurrió en otoño del año 2009. Una primavera, dieciséis años antes, otro detalle llamó mi atención: el hueso de unas cerezas.

En un diminuto pueblo del este de Bosnia, un serbio llamado Sloba comía la fruta y lanzaba los huesos hacia el bosque.

—La paz vendrá cuando no quede un solo musulmán en mi tierra —decía.

Sloba mastica cerezas y tira los huesos hacia el monte, como si los restos de la fruta pudieran atravesar el bosque y estallar... anotaba en la libreta.

¿Cambiaba la percepción de la guerra bosnia la descripción de Sloba tirando los huesos en esa dirección?

Después de apuntar la visión en el bloc, exactamente seiscientos setenta y cinco días después, el corazón de la cereza impactaba detrás de esos montes: Srebrenica. Más de ocho mil musulmanes fueron ejecutados por las fuerzas serbias. En sólo nueve días. La mayor masacre en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué nos decía el hueso de una cereza? ¿Qué nos dice el envoltorio abierto de un condón?

«El periodista se podía haber ahorrado los detalles», comentaba en otra ocasión un lector sobre un reportaje escrito desde Milán.

Los detalles eran, en ese caso, la descripción de cómo los ciudadanos de la elegantísima capital lombarda destro-

zaron, en la primavera de 1945, los cadáveres de Benito Mussolini y Claretta Petacci.

¿O quizá el lector, al hablar de detalles, no se refería a las patadas y meadas milanesas sobre los cadáveres del Duce y su amante sino a los menús de hamburguesas con queso que ahora llenan ese espacio? Porque la guerra, de alguna manera, también es lo que llena el vacío que deja: el lugar exacto donde se produjo esta impúdica carnicería lo ocupa hoy en día un McDonald's.

«¿Y qué? ¡Vaya tontería de noticia!», añadía otro lector, comentario que elevaba mi descubrimiento, la ubicación de la hamburguesería, a una categoría que no me había planteado antes: a la categoría de «noticia».

«Alguna vez —escribió Graham Greene— también yo me interesé en eso que por falta de una palabra mejor se llaman noticias.»

¿Dónde está la noticia?

¿En que Bet Furik es el pueblo de Cisjordania del que más *mártires* han salido o en que el primer suicida hizo estallar su cuerpo vestido con la camiseta del Real Madrid y el segundo era del Barça?

¿En que el único lugar donde serbios y albaneses se mezclan en Kosovo son las pistas de esquí de Brezovica o en que el otro lugar donde conviven es el frenopático de Shtime?

¿Qué explica mejor la guerra?

¿Las ofensivas del ejército afgano contra los talibanes o el ansia de los soldados por grabar el combate en sus móviles Nokia?

¿Que el explosivo que la primera mujer suicida palestina llevaba pegado al cuerpo provocara destrozos en sesenta y cinco negocios o que ella saliera ese día de casa como nunca había salido antes: con las uñas de sus manos y de sus pies pintadas de rojo?

¿Que los talibanes fertilicen sus campos de opio y marihuana o que utilicen ese mismo fertilizante para fabricar los explosivos que colocan al paso de los vehículos blindados estadounidenses?...

Todas las incertezas caben en la libreta básica ENRI de 10,5 por 15,5 centímetros: eso que por falta de una palabra mejor llamamos crónicas. Postales, quizá. Postales enviadas para *La Vanguardia* y reunidas en este libro. Postales de tensión y melancolía.

Mundos que mueren en guerra... La última judía de Borsora. Los últimos serbios de Prizren. La última materia de Eva Braun.

Mundos que nacen en guerra... El primer muerto en Yugoslavia. El primer poema de un herido en Líbano. Las primeras boxeadoras de Afganistán.

Mundos contra el mundo... Un surfista de Gaza. Un travesti de Kabul. Un judío de tirabuzones convertido al islam de Al Qaeda. Una niña serbia recogiendo la cabeza de su tía y colocándola de nuevo en el cuello, como si el proyectil no se la hubiera arrancado.

¿Y qué explica mejor el después?

¿Ese McDonald's de Milán? ¿Que el viejo puesto fronterizo donde empezó la Segunda Guerra Mundial sea hoy una zona de ligoteo gay? ¿O que en el refugio alpino de Hitler sirvan un menú Mickey Mouse para niños?

«¿De aquí a cien años dirán que en esa habitación tocaban música de las 4 Non Blondes? —se preguntaba un lector ante otro reportaje—. Rotundamente, no —se respondía—. Lo otro sí, siempre.»

4 Non Blondes es un grupo pop ylésbico californiano. La habitación donde hoy se interpreta su música es el despacho que Hitler tenía en la sede del Partido Nazi: la habitación donde un día el Führer se dio cuenta de que podía hacer lo que le diera la gana con el mapa de Europa.

Todo es posible. Dormir una noche con Hitler. Escuchar a Chopin en su búnker. Depilar a la humanidad desde un kibutz. Peinar a Penélope Cruz con misiles. Asediar un monasterio medieval. Reventar una fachada *Sezession*. Cruzarse con el amante nazi de Coco Chanel. Rezar con mantilla bajo un bombardeo. Tejer calzoncillos de combate. Desplumar cacatúas en Sofía. Buscar al último cerdito de Afganistán...

Todo entra en esta libreta y su papel de sesenta gramos. Incluso los gramos de estupidez que contiene esta profesión. La estupidez que supura del roce entre el amor propio y el dolor ajeno.

—Creo que los periodistas sólo vienen a Afganistán para cultivar su propio ego —me decía una afgana entre los palacios en ruina de Kabul.

¿Escribimos el mundo para desnudarlo o para desnudarnos? Todos los abismos se citan en este bloc de ochenta hojas y cubierta roja usado por pescaderas, taxistas, contables de la antigua escuela y reporteros *antimoleskine*.

—Queremos vivir. Escríbalo en su libreta. Queremos vivir. No queremos ser un pueblo de muertos... —me decía el hermano de la primera mujer suicida palestina señalando con su mirada las hojas y su espiral. He aquí el escenario: el reportero sujetando la libreta como el apuntador sostiene el drama en un teatro.

La paradoja —y con ella el dolor y la melancolía— es quizá la forma más eficaz de explicar la guerra en una crónica. En especial si —siempre lo mismo— sólo tenemos un par de folios para relatarla. Al fin y al cabo, toda la historia de la humanidad cabe en un pequeño envoltorio plateado y toda la historia del universo cabe en un telegrama: Big Bang.

¿Y AQUÍ ESTUVO EL FÜHRER?

Quioscos de chucherías, aparcamientos o hamburgueserías llenan hoy casas, búnkeres o pasos de cebrá donde se tomaron decisiones que cambiaron el rumbo de la historia. ¿O el auténtico rumbo de la historia lo marcan las chucherías, los coches y las patatas fritas?

JAZZ EN EL DESPACHO DE HITLER

Si está muy sorprendido, un alemán dice que está *sehr überrascht*.

«Herr Doktor Krause está muy sorprendido por la petición de visitar la sala número 105 —informa en un e-mail la secretaria de la Escuela Superior de Música y Teatro de Múnich—, pero con mucho gusto está dispuesto a mostrársela.»

Herr Doktor está *sehr*, muy *sehr überrascht* y —la verdad— no está claro qué es más sorprendente, si nuestra petición o lo que tiene colocado el *Kanzler* de la Escuela Superior en su estantería: el busto de un emperador romano con peluca punki y gafas de sol.

El reportero busca algo y el canciller *sorprendido* sabe perfectamente qué es.

—Entre el ochenta y el noventa por ciento de los alumnos —admite Krause— no son conscientes de lo que fue este edificio.

Lo confiesa como si esa cifra nunca dejara de sorprenderle, y me quedo otra vez *sehr überrascht*: apenas dos de cada diez jóvenes que aprenden aquí a tocar el clarinete —por citar un instrumento— saben que este edificio fue la sede central del Partido Nazi para todo el Reich. Que aquí tenía Hitler su despacho en Múnich, «la ciudad que más cerca está de mi corazón». Y que en ese espacio —hoy la sala 105— se firmó el Pacto de Múnich: ese día el Führer comprendió que podía hacer lo que le diera la gana con el mapa de Europa.

El edificio, nazi *comme il faut*, fue trazado por el primer arquitecto de Hitler, Paul Ludwig Troost. Los bombardeos aliados arrasaron el centro de la capital bávara, todo menos —suele ocurrir— la sede del Partido Nazi. Y aquí se instaló en 1957 la Escuela Superior de Música.

—Ustedes mismos —dice el *Kanzler* invitándonos con amabilidad a presenciar una de las lecciones que se imparten hoy en la sala 105.

Tengo un primer golpe de suerte: la próxima clase se llama *Praxis von Populärer Musik und Jazz*. De coña: jazz, que los nazis elevaron a la categoría de música degenerada, ¡tocado en el mismísimo despacho del Führer!

Segundo golpe de suerte: la clase arranca con pop y los chicos ensayan un tema de 4 Non Blondes (4 No Rubias), una banda de lesbianas californianas que habría puesto de los nervios al *Reichsführer-SS* Heinrich Himmler y a todo el personal adscrito a su *Reichszentrale zur Bekämpfung der Homosexualität und der Abtreibung*.

La canción es *What's up?*, y los alumnos empiezan chasqueando los dedos: primero el ritmo, bien marcado, luego la melodía, pegadiza, y poco a poco la letra...

Veinticinco años y mi vida / aún intenta subir la gran montaña de esperanza / en busca de un destino...

La peña canta frente a la chimenea del despacho, y frente a la misma chimenea vislumbro a otra peña, otras siluetas buscando otros destinos. Veo a Hitler, que acaba de comerse Austria y sigue hambriento. Veo a Mussolini en plan bedel. A Neville Chamberlain, primer ministro británico. A Édouard Daladier, primer ministro francés...

Veo al chico del piano donde estaba Daladier. Veo a una alumna colocada junto a Hitler levantarse y sumarse al concierto con un xilófono.

Veo que Chamberlain estaría hoy sentado sobre unos bongos. Veo a una chica con shorts dándole a la batería justo donde el Führer tenía su globo terráqueo...

Y enseguida me di cuenta / de que el mundo estaba hecho de la hermandad del hombre...

Un montón de hermandad, efectivamente. Era la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938, al Führer se le antojaban ahora los Sudetes —cinturón territorial checoslovaco de población alemana— y en los parques de Londres ya se cavaban trincheras...

¿Guerra?... *Do not panic...* Como decía el primer ministro británico: «Qué horror tener que empezar a ponernos máscaras antigás por una pelea en un país distante entre gente de la que no sabemos nada».

Así que Chamberlain y Daladier cedieron: venga, Adolf, quédate los Sudetes. Pero no más, Adolf, no más, firmaron en este despacho, y el despacho del Führer de los arios está hoy tomado por la música de las 4 No Rubias...

Y a veces lloro / para sacar todo eso / y salgo a la calle / y respiro hondo y todo me sube / y grito a pleno pulmón: / ¿qué está pasando?...

Pues pasaba que esa «gente de la que no sabemos nada», capital Praga, era una de las pocas democracias que resistían en Europa.

Daladier no creyó a Hitler. Daladier era francés, sabía lo que es el amor y, por tanto, la desesperanza: la ausencia total y absoluta de esperanza. Regresó a París creyendo que lo abuchearían y la gente le aplaudió por las calles.

«Ah... les cons! S'ils savaient!».

(¡Ah... los gilipollas! ¡Si supieran!, susurró.)

Chamberlain sí creyó a Hitler. Regresó a Londres y agitó los folios del pacto en la misma pista de aterrizaje de Heston: «¡Os traigo la paz de nuestro tiempo!».

Traía una paz de, exactamente, 166 días: el 15 de marzo de 1939 Hitler se comía Checoslovaquia entera. Cinco meses más tarde engullía Polonia y estallaba la Segunda Guerra Mundial.

Y esta canción llega a su fin.

Daladier acabó recluido en el campo de Buchenwald y Chamberlain, recluido en el campo de la... ¿ingenuidad sería la palabra?

«Nuestros enemigos son pequeños gusanos. Lo demostraron en Múnich», comentó Hitler pocos días antes de invadir Polonia.

Las últimas notas de música pop rebotan por el despacho del Führer...

... Y digo: hey, hey, hey, hey.

Esta chimenea en 1938...

... *Y digo: ¿qué está pasando?*

Danzig en 1939...

... *Uh, uh, uh.*

Más de cincuenta millones de muertos y un reportero
sehr überrascht.

LA CASA DONDE SE INVENTÓ PAKISTÁN

La trama empieza con un arpa y acaba con un asesinato.

Empieza con la búsqueda de un propietario: el de la casa número 3 de una calle de Cambridge cuyo nombre no conviene especificar.

El señor y la señora R. —con domicilio en Londres y al servicio de este reportero— no encuentran el nombre ni el teléfono del propietario en el listín, pero averiguan la identidad de la antigua dueña: una tal C. M., *folk organizer* de la Cambridge Harp Association.

Primera llamada a Cambridge... 012233... Hello... ¿Señora C. M.?... Y la arpista informa amablemente a la señora R. de que la casa ya no es suya, que hace cinco años la vendió al señor y la señora W. M., cuya identidad tampoco desvelaremos: más tarde sabremos por qué.

Como los W. M. no figuran en el listín, sólo hay una manera de entrar en la casa: comprar un billete de avión, plantarse en Cambridge y llamar al timbre...

Ring, ring... Nadie abre la puerta... Riining, riining... Parece que el señor y la señora W. M. no están en casa. ¿Estarán paseando en bicicleta por la orilla del río Cam?

Tengo tiempo... Me recuesto en la valla del jardín y el fotógrafo se entretiene con un gato negro.

Observo la fachada de la casa, pienso en el año 1932 e imagino a Choudhary Rahmat Ali entrando ansioso por la puerta... Miro por la ventana y lo veo pasando a limpio la palabra que acaba de inventarse caminando por la orilla del Támesis —según una versión— o sentado en el piso superior de un autobús londinense —dice otra versión de los hechos—: *P* de Punjab, *A* de Afganía, *K* de Kashmir (Cachemira), *S* de Sind y *tan* de Baluchistan... O sea, *Pakistan*... Unos años después intercalará estratégicamente la *I* de Irán y la palabra le quedará redonda... *Pakistan*.

Así, como un Scrabble, surgió el nombre del país más inestable de todos los que poseen la bomba atómica, inventado por un estudiante de Derecho nacido en Punjab y alumno del Emmanuel College de Cambridge.

Rahmat Ali vivía en esta casa y desde aquí, el 28 de enero de 1933, lanzó el manifiesto *Now or never*: la idea de un gran Estado para los musulmanes en el norte de India. No era el único en tener una ocurrencia que provocaría el mayor desplazamiento de población de la historia, pero nuestro inquilino, además de inventar el nombre, ya defendía el sueño con radicalidad cuando Mohamed Ali Jinnah —el *padre* oficial de Pakistán— aún creía en la unidad entre hindúes y musulmanes.

Sigo recostado en la valla de su jardín y me lo imagino en 1948 saliendo por la puerta con una maleta. Un año después de la creación de Pakistán se instaló en Lahore y Pakistán no le gustó: tenía menos territorio del que él había propuesto. Sus críticas alarmaron al *establishment* y fue invitado a abandonar el país... ¡A él, que había inventado el nombre de Pakistán, le quitaban el pasaporte pakistaní!... Y lo imagino entrando de nuevo por la puerta de su casa, y no como el señor y la señora W. M., que siguen sin aparecer...

Miro el buzón y está repleto de cartas: deben de estar de viaje, y dejo una nota para que se pongan en contacto con los señores R.

En el tren de regreso a Londres, una doble página en *The Sunday Times* me explica «Cómo Occidente provocó la pesadilla nuclear en Pakistán», pero de la casa donde surgió esta pesadilla sólo me llevo la imagen de un gato negro...

Pasan las semanas, los W. M. no dan señales de vida y en la trama entra el señor D., otro *servidor* local residente en Londres: un día se acerca a Cambridge y llama al timbre de la puerta para ver qué pasa... Ring, ring... Riiiiing, riiiiing... Y algo se mueve... Algo húmedo... El señor D. ha pillado a la señora W. M. en la ducha: ella mantiene entrea-bierta la puerta con el cuerpo cubierto por una toalla y él le